

LA ANUNCIATA: TU CARISMA

LA ANUNCIATA: TU CARISMA

Aurora Carrero
Conchita García
Olga Nieves García
Manolita Páez
M^a Luísa Píriz
Amparo del Valle

R O M A -enero - abril- 1979

EL CARISMA DEL PADRE FRANCISCO COLL

1- CARISMA DEL PADRE FRANCISCO COLL

- El Padre Coll, hombre inquieto
- Sensibilidad ante las necesidades
- Agudeza de visión ante los problemas
- Pretensiones y posibilidades

1- MOTIVACION QUE LLEVA AL P. COLL A FUNDAR UNA CONGREGACION

- Siente los estragos de la ignorancia de su tiempo
- Necesidad de restaurar la vida religiosa
- Posibilitar la vida religiosa a las candidatas sin recurso

2- UN PROYECTO MADURADO

- Oración, reflexión y devoción a María
- Evangelización
- Espíritu de penitencia

3- FUNDADOR

- Finalidad: Evangelización
- Las primeras discípulas y primeros contratiempos
- Tenacidad del hombre que confía en Dios
- Es obra del Espíritu: Expansión

4- COMO ACTUALIZAMOS EL CARISMA DE NUESTRO FUNDADOR

- Nuestra respuesta a la Iglesia y al hombre de hoy
- Educación: catequesis
- Asistencia sanitaria: asilos, hospitales
- Obras misionales
- Acción parroquial

CARISMA: gracia especial que tiene una persona o

Congregación que le conduce a ACTUAR de una manera específica para una empresa común, con dones peculiares que marcan el ritmo de una persona o de una Congregación.

CARISMA DEL P. FRANCISCO COLL

El PadreColl hombre inquieto

Veremos al Padre Coll como hombre inquieto en las etapas más marcadas de su vida: PRIMEROS AÑOS. De su carácter inquieto da fe la expresión que solía decirle su madre cuando niño: “¡Ojalá revientes de amor de Dios!”. No era de carácter manso y apacible, era enredador y bullicioso, no sabía estar se quieto. (Getino, El P. Coll y su Obra, p. 30).

A este temperamento se unía el ser o sentirse un poco líder, ya que en sus primeros años reunía a los niños para predicarles y hacerles procesiones. La educación que recibió modificó su carácter, quedándole la suma actividad que conservó hasta la última enfermedad, sin ese aire inquieto y revoltoso de los primeros años (O. C. p. 39).

Era arriesgado, no le amedrentó el lanzarse a la ciudad de Vic para estudiar, y separarse de su querida madre. Al recibir la noticia del fallecimiento de ella, es fácil que se decidiese a ser dominico, para dar rienda suelta a aquella ansia de predicar que le espoleaba ya de pequeño (O. C. p. 47).

Esta ansia de predicar, cree poder desarrollarla en una entrega total a Dios, siendo dominico, pero sólo manteniendo este anhelo podrá superar estas dificultades que se le ponen delante. No le admiten en Vic y tiene que marcharse a Gerona. Ya en Gerona, tampoco puede dormirse, pues el ambiente no era favorable a sus aspiraciones de ser mejor. Nos lo dice el P. Jaime Pontí Vilaró, Prior de Vic: “Los que cursan en Vic tienen sentimientos religiosos, ¡ojalá pudiese decir otro tanto de los que he gobernado en el noviciado de Gerona!” También cuenta la H. Deus que escuchó de un catedrático de Gerona que iba con el Padre Coll a clase: “él había preguntado a un hermano si perseverarían los frailes a lo que contestó: No porque había poca observancia...” El mismo catedrático dijo del Padre Coll: “Le veía tan humilde y modesto que se complacía en mirarle”.

Esto nos muestra que su carácter inquieto y firme no le dejó marchar con el ambiente. El mismo se daba cuenta de la situación: “No fue la revolución que les echó a los frailes del convento, sino la relajación de la san la pobreza”, decía el Padre Coll si no lo entendió mal la H. Ignacia Sausí (L.V. p. 30).

Nos preguntamos: ¿Qué diría el Padre Coll de sus monjas hoy? Las dificultades de fuera no son tan fuertes para aniquilar las obras de Dios, son las de dentro las que impiden la acción de Dios, nos lo dice el Vaticano II: La Guerra se produce cuando ya se ha producido en el corazón de cada uno.

EXCLAUSTRACION. La visión confusa que de la realidad tenían los frailes al salir del convento, explica la desorientación, no veían camino abierto, tuvieron que hacer camino al andar. El Padre Coll fue uno de ellos, pero fue fiel a su identidad, tuvo constancia y perseverancia, tiene que superar estas circunstancias: Día de San Lorenzo de 1835 “Comunicada la orden dice el P. Coma, al superior, nos dio a cada uno media onza para comprar traje seglar, pues la premura de la orden no dejó tiempo para más. No obstante esa precaución a todos nos obligó a salir (Superior P. Posa) con rasura, recomendándonos encarecidamente la observancia y el buen ejemplo, alentándonos con la esperanza de que pronto volveríamos. Todo nuestro capital se reducía a los ocho duros, libros ni siquiera se nos concedió sacar uno, el breviario y nada más. Apenas los religiosos pisaron los umbrales del convento y salieron de la clausura, entraron el él las tropas...” (L.V. p. 31).

El Padre Coll salió sin nada, como todos, pero él tenía mucho que era a Cristo. San Pablo “Todo lo puedo en Aquel que me conforta”.

Pocas noticias he llegado a adquirir sobre el género de vida que hizo durante el tiempo que medió entre su ida y su elevación al sacerdocio. Parece que debió ser bastante apurada su situación y que le sobraron ocasiones para ejercitar sus ya sólidas virtudes (I.B.p. 34). Los problemas económicos de los exclaustrados, fueron especialmente agudos para los que habían salido de los conventos sin ser sacerdotes. En 1851 escribe un grupo de éstos al Nuncio: No se provee a la subsistencia de muchos religiosos que carecen de bienes, a pesar del artículo 38 del Concordato de 1851. “El gobierno tiene señalada pensión a los coristas y legos... así es que muchos están ejerciendo por necesidad ocupaciones menos dignas, otros van pidiendo una limosna... Un padre de un religioso

dominico escribe: Yo tengo un hijo fraile religioso de la Orden de Santo Domingo, que salió corista del convento y se ha ordenado después, pero que no puede celebrar el santo sacrificio de la Misa por enfermedad... y así es que su madre pide limosna para que no se muera de hambre y yo trabajo lo que puedo...

El Padre Coll se movió en medio de estas circunstancias y por encima de todas ellas continúa respondiendo a Dios con el sí total y llega a ordenarse sacerdote. Su inquietud por llegar a la perfección le lleva más allá de los acontecimientos. Fue fiel a su vocación en medio de la libertad en que estaba, pero él entendió esta libertad como nos la define Juan Pablo II en su primera Encíclica Redemptor Hominis: “La libertad es un don grande sólo cuando sabemos usarla responsablemente para todo lo que es el verdadero bien. Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el servicio”. Hoy hablamos mucho nosotras de libertad, en la persona y en la Congregación. Viviendo en el tiempo de Juan Pablo II y con las enseñanzas de nuestro Padre Coll ¿Creemos entenderla y seguirla como ellos dos? Lo esencial no cambia, es de todos los tiempos y para todas las personas que tienen como centro de su vida a Cristo.

El Padre Coll esto ya lo entendía en 1836 cuando se ordena sacerdote. “Nos, Don Fray Juan José Tejada, ex general de la religión de la B.V.M. de la Merced, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica Obispo de Solsona... por las presentes hacemos saber que en el año 1836, el día 28 de mayo, sábado de las Cuatro Témperas de Pentecostés, en nuestra capilla del palacio episcopal... a nuestro amado en Cristo Fray Francisco Coll, diácono de la Orden de Predicadores de Santo Domingo, examinado, aprobado, hecho ejercicios espirituales y también todos los requisitos que prescribe el Concilio de Trento y los Novísimos Decretos Apostólicos... lo hemos promovido al sagrado orden del presbiterado con el título de pobreza y con letras suplicatorias de su Vicario Provincial. De lo cual damos fe... (Venchi, p. 157 y s.).

MINISTERIO SACERDOTAL (Misionero apostólico)

Por lo relatado hasta ahora, ya vamos confirmando el calificativo que le damos como “hombre inquieto”, pero inquieto ¿por qué? Es fácil descubrirlo por “su entrega a Dios”, lo quiere hacer sin reservas y lo buscará a pesar de todo, en lo que se le presente en cada momento. Pero ¿sólo tiene esa inquietud?, sigamos buscando en las etapas siguientes.

El temperamento le ayudaba al impulso, carácter sanguíneo (P. Getino p. 219). El permanecer en la casa de Puigseslloses y las tres o cuatro casas filiales que la circundan, ofrecían estrecho campo a las inquietudes de Francisco que era la misma actividad y pensó que Dios no le quería en aquella holganza de un sermón semanal y una pequeña catequesis y la administración de sacramentos a tan poca gente, que todo ello podía ejercitarlo un anciano. Se presentó al vicario episcopal para que se ampliase su campo de acción (O.C. p. 77).

Siendo vicario en Moyá, él salía constantemente a predicar como misionero apostólico dominico, llevando su ilusión de toda la vida, “Puedo asegurar que dicho señor trabajó como incansable catequista de los niños, predicando, confesando, asistiendo a los enfermos y socorriendo a los necesitados” (O.C. p. 87).

Predicó novenarios, misiones, e hizo otras predicaciones en varias poblaciones de otros obispados (O.C. p. 88).

El Padre Coll creyéndose llamado a una vida de apostolado activo y gozoso halló en Moyá un estadio apropiado para dar rienda suelta a todas sus facultades de director de espíritus, de párroco, de predicador, de organizador, de instituciones piadosas (O.C. p. 91).

Vicaría amalgamada con la predicación fuera del pueblo, con la vida de misionero a la que se sentía arrastrado por inclinación de su estrella (O.C. p. 91).

Tenía un horario completo y aprovechado. Era un todo hombre del pueblo (Crónica, pp. 21 Y 12). El ansia de proclamar la Palabra de Dios no le dejaba descansar, ya que de una misión a la otra, siempre habla de Dios a los que le acompañan (L.V. p. 275).

Su inquietud por anunciar el Evangelio era tan absorbente que no dejaba lugar a las tendencias artísticas y literarias de aquel entonces, que eran fuertes (P. Garganta). “...Desde el año 1839 está ocupándose, ya en dar santos ejercicios, ya misiones, ya confesando”. (El P. Coll al Nuncio).

...Misiones para el pueblo es otra necesidad urgente, y siento profundamente que a muchas diócesis les falten, no sólo oportunos edificios, sino también personas

que se dediquen a esos... (Nuncio Barili al Obispo de Lérida 1864). "... Le recibí y acogí con toda benignidad (P. Coll) por conocerle de muchos años, por ser de una conducta intachable, por ser un Padre dominico muy celoso y laborioso y predicador lleno de celo y moción, que paze mucho fruto en las gentes..." (Obispo de Lérida al Nuncio)

"... Dando antes ejercicios espirituales al clero, que es muy apático en general: veré si puedo encender en ellos el espíritu de Dios, aunque lo dudo. Mi principal cuidado pienso emplearlo en los jóvenes escolares, pues estoy en la persuasión de que he de crear los elementos del verdadero bien y de la reforma del clero y pueblo. Este, por lo general, está lleno de fe y da muchas esperanzas..." (Obispo de Urgel al Nuncio 1853).

Este último apartado nos muestra cómo está la situación en aquel tiempo y casi parece una descripción exacta de nuestros días. El Padre Coll se inquietó por redimir el hombre de su tiempo y no descansó ni un momento "está ocupándose en dar santos ejercicios, ya misiones, ya confesando..." Como dijo Cristo "el celo de mi casa me devora". Nosotras somos mujeres de nuestro tiempo ¿respondemos al carisma del Padre Coll para redimir ese pueblo? El Padre Coll y Juan Pablo II siguen paralelos cada cual en su tiempo y los dos tienen la idea de redención del hombre en su integridad. Con esto dejamos evidente la otra inquietud "Redención del hombre", para lo cual anunció el Evangelio de Cristo el que murió para redimirnos.

FUNDADOR. ¿Por qué dudamos en lanzarnos a anunciar el Evangelio para hacer a los hombres libres? El nos fundó para eso pues quería ver continuada su inquietud en nosotras. Veámoslo: "Y ahora a más de predicación, está cuidando y dirigiendo un establecimiento de terciarias dominicas, formado de doncellas pobrecitas, las cuales, después de haber recibido la debida instrucción y educación en la casa matriz de esta ciudad, las coloca en las poblaciones para educar, instruir y dirigir a las doncellas al camino del cielo" (El P. Coll al Nuncio, II set. 1863)

"Dios con su bendición conserve y aumente el buen espíritu que en este Instituto ha introducido el Padre Coll y manteniendo el ánimo y la decisión de este ejemplar sacerdote, recompense su desprendimiento y fatigas, haciendo que la obra prospere siempre mis y buenos fieles concurren con su generosidad y protección. Cuando tenga ocasión de hablar con el Padre Coll le trasmita mi

felicitación y agradecimiento por una conducta tan digna de un ministro del Señor...” (Nuncio Barili al Obispo de Lérida 18 de marzo 1864).

Celoso por su trabajo, a pesar de este temperamento habla a sus monjas con cariño, dulzura y prudencia. Procuró instruir las o buscar quien lo hiciese. Al crecer el número de postulantes, buscó recursos para procurar un local mayor (Lumen. Dom.). El mismo acompañaba a las novicias de un lado a otro (L.V. p. 277).

Al final supo aceptar su enfermedad, y aquel carácter revoltoso de niño lo explotó lo que hoy diríamos “realizarse”, cumplido esto murió con la paz y serenidad de los verdaderos hijos de Dios.

Contribuyó al desarrollo de su carisma otras cualidades como son: sensibilidad, agudeza de visión, y personalidad.

SENSIBILIDAD. El Padre Coll tiene una sensibilidad exquisita, nos lo demuestran varios biógrafos en sus relatos. Pasando por el mercado de Barcelona compra naranjas para las novicias, las acompaña a ver el mar. En su entrega a Dios no olvida la persona como tal, pues dice: es voluntad de Dios que las almas que le aman se tomen de vez en cuando un alivio para que no esté el arco tirante (Regla, pg. 227), o “la alegría libra de muchas tentaciones” (L.V. p. 546).

También es sensible a los asuntos de gobierno o planificación: Ve la gran necesidad de formar a las Hermanas para su trabajo y las manda estudiar a las Escuelas de Magisterio para poder sacar las plazas de maestras (Lumen Domus). En el terreno espiritual también ve la necesidad de tomar unas medidas, dice él “es preferible que sobren fuerzas a que les falten, por penitencias extraordinarias” (L.V.).

Era sensible a todos los aspectos de la persona, pues si veía un pobre le entregaba su propio alimento, no olvidemos que quiere redimir al hombre en su integridad.

AGUDEZA DE VISION. Esta cualidad le lleva a distinguir la vida temporal de las bienaventuranzas, él mismo nos lo dice. Sólo cuando se distinguen estos dos aspectos se podrá salvar al hombre en su totalidad.

“De la abundancia del corazón habla la boca” (L.V. p. 66-67). O cuando habla de la necesidad que tenemos de la oración para poder convencer (L.V. p. 354, 355). El tuvo como motor de su misión el amor.

Una vez el Padre Coll se ha hecho sensible a los demás, ha penetrado en la persona y ha visto claro, se propone unos objetivos, contando, claro está, con unas posibilidades.

OBJETIVOS ESPECIFICOS:

- que se haga oración mental (Hermanas)
- que se rece el Rosario (P.S. Vit. 21)
- proclamar el Reino (L.V. p. 277)
- inculcar el temor de Dios
- devoción a la Virgen
- ser un volcán de amor (P. Graganta, p. 359)
- encender el amor de Dios en las almas (P.S. Vir. 38-39).

En fin, con todo ello lo que busca es anunciar el Reino. ¿No será por esto que le puso el nombre de Anunciata a la Congregación? ¿Cuáles son nuestros objetivos específicos para anunciar ese Reino?

POSIBILIDADES CON QUE CONTABA;

- con una voluntad enérgica e inflexible (L.V. pp. 58-59)
- caridad paternal y solicitud incansable (Lumen domus)
- acción libre y desembarazada, sencillo y atractivo
- abundante imaginación, memoria retentiva
- con la presencia continua de Dios (L.V. p 358)
- convencía por el amor que tenía a Cristo y a María
- con fe firme, desprendimiento
- confianza en la Providencia, amor al prójimo
- prudencia (L.V. pp. 39-41).

Cuenta con una gran cantidad de posibilidades, nosotras también las podemos adquirir para ponernos a trabajar en serio, en este año de reconocimiento del “hombre de Dios” por toda la Iglesia universal.

MOTIVACION QUE LLEVA AL P. COLL FUNDAR UNA CONGREGACION

La exclaustación de 1835 obliga a los religiosos a un cambio de vida para el que no estaban preparados y quizás, muchos de ellos, tampoco deseaban prepararse, Francisco Coll, vio venir la exclaustación como consecuencia de la poca observancia y de la relajación de la pobreza que se había ido introduciendo en los conventos (P. Garganta p. 98).

Fuera de su convento y en contacto con las almas de su época, Francisco Coll con su visión clara de la vida, siente la necesidad de crear una obra que continúe la misión que él había concebido realizar para salvar, de algún modo, la situación religiosa y cultural en que vivía.

La visión confusa que de la realidad tenían los frailes exclaustados al salir del convento, explica la desorientación en que se encontraban, Francisco fue uno de ellos pero se mantuvo fiel a su identidad dominicana., y para ello tuvo que ir venciendo los obstáculos que se le iban presentando a lo largo de su vida, pero tuvo constancia y perseverancia y así fue cómo des cubrió el designio de Dios (P. Garganta, p. 116).

España vivió momentos difíciles, diócesis vacantes, almas turbadas, peligros en las calles, los conventos cerrados después de haber sido asaltados y saqueados, etc.

He aquí algunas motivaciones que más pudieran influir en su sensibilidad: El Padre Coll se dio cuenta durante los 18 años de su apostolado, que la fe iba desapareciendo, que las costumbres paganas se iban introduciendo, lo mismo la ignorancia y la inmoralidad, él quiere salvar las almas a toda costa de la situación moral y religiosa en que vivía (Lesmes Alc. p. 89).

En el año 1859 lo nombran director de las Beatas a petición de la misma comunidad, cargo que tuvo hasta su muerte. Intervenía a menudo en la vida de la comunidad, presidiendo la toma de hábito y de las profesiones, también asistía como escrutador en las elecciones de prioras (P. Garg, p.221).

En el año 1850 era director de la Tercera Orden de toda Cataluña y pensó era el momento de hacer una organización de Terciarias dedicadas a la enseñanza y a la beneficencia, reunidas en común (O.C.p; 116, Getino).

Posibilitar el ingreso a las jóvenes de escasos recursos económicos que tenían vocación y que no podían pagar la dote que exigían los conventos de clausura. Sin embargo, aceptaba la dote de las más favorecidas económicamente (P. Garganta, p. 236).

La indiferencia religiosa, la educación en las escuelas en las que el clero no podía intervenir estaba a cargo de personas mercenarias. Aunque el gobierno se había comprometido a sostener la religión católica quedó como un compromiso impuesto por las circunstancias.

El Padre Coll creyó que era preciso salvar a las personas mayores y aprovechar la nueva generación, a este fin abrigó un pensamiento con distintas direcciones: Fundar la Tercera Orden docente de Santo Domingo para las personas de ambos sexos, prefirió empezar por la Tercera Orden docente de mujeres.

Atribuye a las Hermanas la misión de ser elegidas por el mismo Dios para ayudarle a salvar almas por medio de santa y saludable doctrina.

NECESIDAD DE RESTURAR LA VIDA RELIGIOSA

En las religiosas de Santa Clara introdujo la observancia de las Constituciones y en las Beatas dominicas la vida común (Lesmes Alcalde, p. 325).

La intervención de mayor alcance del Padre Coll fue el estatuto de vida común, con esto las religiosas quedaban ya preparadas personalmente para la vida religiosa, sobre la base de la práctica de los consejos evangélicos, que finalizaban en hacer los tres votos religiosos.

Partiendo de la visión clara y profunda que tenía de la vida religiosa y dominicana, quiso unos cauces seguros, para que las beatas pudieran seguir su tipo de vida religiosa con sus valores espirituales (p/ Garganta, p. 228).

UN PROYECTO MADURO

“El invierno, no es más que el prelude de la sonriente primavera.

Las puntadas ocultas del vestido nuevo, son el secreto de su elegancia.

La gestación dolorosa y oscura del nuevo ser, rompe en la alegría de otra vida.

La oración y silencio interior del misionero, son su más elocuente predicación.

Este es nuestro Padre Coll, que entre sermón y sermón, cosechaba una vocación.

Oración-reflexión

No se concibe una vida espiritual fecunda, si no va impregnada de la experiencia de Dios, actuante por la oración. Esta es la fuente inagotable de la actividad misionera. El Padre Coll, bien lo sabía. En ella encontró el móvil de su vida y la fuerza genuina y concreta de la realización de su “sueño” -carisma-.

Fiel imitador de nuestro Padre Santo Domingo, también Coll de Gómbren “hablaba con Dios o de Dios”. Lo que le impulsaba a expresarse constantemente con la frase escatológica “Al cel, al cel” (L.V. p. 277).

No estamos en el caso de un San Juan de la Cruz, o de un Fray Luis de Granada. No tiene, nuestro Coll, “escuela propia”. Pero sí está marcado con el sello de la familiaridad con lo divino. La misma oración le clarificó su decisión de fundar. Así como le impulsó a contagiarlo a los demás. “Quien de veras ansía adelantar en el importante negocio de su salvación eterna, conviene que todos los días se ejercite en la oración mental o santas meditaciones” (Hermosa Rosa, p. 54), y tajante solía decir: “Cristiano sin oración es un árbol sin fruto, fuente sin agua, soldado sin arma, plaza sin muralla que no puede defenderse de los enemigos (Hermosa Rosa, p. 5).

¡Ojalá revientes de amor de Dios! -le había dicho su madre-. Y parece que así se lo propuso, ya que su vida toda se movía en la doble vertiente: amor de Dios-oración. Llegó a calar tan hondo, que identificó la oración con un maestro

que nos enseña las virtudes... (Hermosa Rosa, p. 5).

“El amor de Dios agitaba al joven sacerdote, y no le dejaba descansar” (L.V., p. 55).

Con su sentido práctico, detectó la utilidad de la oración además de su necesidad. “La oración -decía- es la que hace buenos papas, buenos obispos, buenos reyes, buenos sacerdotes... buenos padres y buenos hijos” (Hermosa Rosa, p. 5). Y, con su pedagogía intuitiva estimulaba a todos a la oración, porque los que son buenos se perfeccionan, y los que son malos, dejan la mala vida.

El mismo, con la simplicidad de un niño, expone un método, que sin pretenderlo se refleja claramente (¿no sería el que él usaba?). Presencia de Dios, adoración, sentimiento de pequeñez y pecado, contrición, pedir auxilio a María y otros santos, lectura escogida, ejercitando el entendimiento, pero más la voluntad, son los tiempos o momentos que distingue. Otro detalle de su vida de oración, lo descubrimos cuando habla de las posturas y lugares para orar: “Colocado en la iglesia o habitación u otro lugar retirado, arrodillado, de pie o sentado, o si está enfermo en la cama avivarás la presencia de Dios...” (Hermosa Rosa, pp. 7 y 8).

Porque descubrió la necesidad de la oración, exigió a las Hermanas dos horas diarias de oración mental. “La santa oración” -como él decía- (P. Garganta, p. 202).

Es de gran riqueza y significativo, el testimonio del que dice: “Pienso que no perdió la presencia de Dios” (Les. V. p. 41). Otros se remontan a sus años de joven seminarista y dicen que se distinguía por su piedad, oyendo misa todos los días y buscando el silencio de las iglesias para darse a la oración.

Devoción a María

Este empeño por mantener la oración y el espíritu de oración, lo facilitaba con la utilización del Rosario como método de oración de fácil empleo y eficacia comprobada. Exhortaba a las Hermanas a rezar dieces del mismo para mantener el espíritu unido a Dios, a la sombra amorosa de María (P. Garganta, p. 303). Lo que nos hace descubrir, que, si bien quedó huérfano muy joven, pronto se refugió en María e hizo de ella su confidente. El Rosario lo usó siempre como arma

poderosa. “Su devoción a la Virgen era grande, solía llevar el Rosario en la Mano”. (P. Getino, p. 62). Y aún hay testigos que dicen: “En persona tan amante del retiro, de la oración, de la penitencia y del trabajo, lo raro no es que nos hablen de apariciones de la Virgen, sino que no nos hablen de muchas” (P. Getino, p. 88).

Y porque el bien tiende a comunicarse, son numerosos los lugares privilegiados con su presencia y celo. En Moyá instituyó el mes de mayo en honor a María, haciendo lo mismo en Balaguer y ciudades de sus correrías apostólicas. “Puedo asegurar que durante su larga permanencia en Moyá, era el sacerdote ejemplar, celoso de la gloria de Dios, de la Virgen y de la salvación de las almas” (P. Getino, p. 88).

El entendió a la perfección, que los dones que Dios nos da, son para los otros y en función de los otros. A este respecto es elocuente lo que nos dice Padre Lesmes, página 108: “Al conocer la gravedad de su indisposición, recurrió a María Santísima y le suplicó se dignara poner bajo su maternal protección a las buenas Hermanas. Y desde entonces, ya no pensó en ellas, entregándose en las manos del Señor, con grandes deseos de que se cumpliera su santa voluntad”.

En alma tan a lo divino, Dios actuaba cada vez más. Y podemos observar que todas las virtudes se daban a la par.

Espíritu de penitencia

Como alma escogida él se sentía pecador e indigno de tanta gracia, por lo que sus penitencias eran muchas, haciéndolo cada vez más apto para nuevos dones de Dios.

Era consciente de su voto de pobreza y lo cumplía. “La verdadera pobreza consiste en tener menos de lo que se necesita” (Regla, p. 106). Y ese era su principio. Llevaba con frecuencia un pedazo de pan en el bolsillo para tomárselo con agua o darlo a un pobre. Nos amplían esta información los que dicen que no fumaba ni tomaba rapé, y reñía a la señora Sebastiana porque le ponía mucha comida. Si bien él mismo se cuestionaba pues repetía el dicho de San Jerónimo “¿De qué sirve abstenerse de vino si nos embriagamos de cólera?”.

Vivía en plenitud su condición de trabajador. Sabemos por dignas fuentes que dedicaba pocas horas al sueño, para aprovechar el tiempo al máximo. y no cobraba por su dedicación a la pastoral. Sólo a partir de la fundación de la Congregación, aceptaba lo que le daban.

Las penitencias corporales eran frecuentes, y aún las reforzaba en cometidos de trascendencia: "...Escribió las Reglas disciplinándose horriblemente cada vez que redactaba un capítulo. Les comunicó un sello de austeridad que excede en muchos casos a las religiosas de clausura. Las depositó en el Sagrario antes de entregarlas a las Hermanas (P. Getino, p. 115) Y fueron firmadas delante del Sagrario" (L.V. p. 562). El testimonio del Doctor Jaime Passarell tan amigo del Padre Coll aún resalta más su valor: "Estas Reglas son inspiración del Espíritu Santo, pues han costado muchos ayunos" (L.V.p. 562)

Toda su vida fue una continua ascesis. Nunca se quejaba de las inclemencias del tiempo ni del cansancio. Y él conocía bien sus efectos, pues hacia sus continuas largas caminatas a pie, desde sus primeros años de seminarista (P. Garganta, p. 58).

Evangelización

Un apóstol de este calibre, que sería capaz de abrasar el mundo dejó un consejo a las formadoras, tan sabio como actual: "Procurad mucho que sean laboriosas, despejadas y que vivan con mucha tranquilidad de espíritu" (Regla, p. 147). Para él, hombre con tanta capacidad de trabajo no existía el activismo desbordante, ni el hacer desencajado y sin medida. Todo su ser reflejaba equilibrio y paz. Y aconsejaba a las Hermanas: "Todas vuestras obras deben ir acompañadas de caridad" (Regla, p. 44).

APOSTOL es el apelativo más fiel que podemos dar a Coll. Su ansia por ayudar a las almas fue la tónica de su vida y su ideal. Para ello se servía de la predicación en novenas, retiros, etc. y quizá lleve la palma en el silencioso escuchar y aconsejar del confesonario (P. Getino, p. 97). Que tanto fruto produjo. Esta dedicación, unida a la inocencia de su vida, tan mortificada cuanto inocente, fortificaba el influjo de sus apostólicas enseñanzas en todas partes (P. Getino, p. 97).

Especial esmero ponía en la catequesis de la primera Eucaristía que él

mismo daba, estimulando a los peques con desafíos catequéticos y premios. Llegó a ser tan grande su fama de santidad y buen predicador que los señores Obispos tenían sus dificultades para satisfacer a todos los pedidos que el mismo pueblo les hacía: "No sé cómo dar gusto a todos, pues todos piden al Padre Coll" -dijo el Señor Obispo Guardiola- (L.V. p. 63).

Y dado que su tiempo de formación fue tan turbulento e inquieto, nos surge la duda ¿de dónde sacaba sus sermones? ¿quién le asesoraba en sus correrías? Eso es lo que le preguntó Padre Claret que como buen amigo, no se quedó con la duda. Y una vez más, Coll manifestó su sencillez: "De aquí" -le respondió- enseñándole un díptico de la Santísima Trinidad y de la Virgen de los Dolores (P. Getino, p. 92).

La sabiduría que aprendió con y en Dios, le hacía deslindar muy bien las cosas. Apóstol eficiente y alma de oración nunca entró en choque. Esta fue precisamente la impronta que nos dejó.

"Hombre de oración constante" decía a las Hermanas prestasen el mismo cuidado al estudio que a la oración y que tuviera en por una tentación el disminuir el tiempo de estudio, con el pretexto de ampliar los rezos (P. Getino, p. 131).

FUNDADOR

“Para anunciar el Mensaje de salvación a todos”
(Const. Fundamental)

El Padre Coll “ungido para evangelizar”... (Hech. 20, 28) lo aventura todo para comunicar a Cristo. Con un amor sin fronteras geográficas, porque no las tuvo en el corazón. Como miembro de la Iglesia, se hizo consciente de la responsabilidad que lo llevó a una fecundidad apostólica, urgido de su celo apostólico en un momento donde era necesario un resurgir misionero universal. Como apóstol, por donde pasó fue dejando en todas partes, la semilla del Evangelio. “Con la ayuda de Dios y las armas de la caridad, humildad y paciencia, todo se logrará” (Regla).

El mundo es pequeño para un corazón de apóstol. El veía que la mies era mucha, inmenso su afán, pero sus posibilidades eran limitadas en el tiempo y en el espacio. Pensó ampliar su espíritu y su misión. Y como respuesta a todas estas santas ansias, motivadas sólo por su amor a Dios y a las almas, funda la CONGREGACION DE LA ANUNCIATA.

Así, sus hijas, irían cultivando los campos donde el sembraba la Palabra. Muy especialmente: “a través de la educación de las niñas y jóvenes” ...y escogió como medio de transmisión a las piadosas vírgenes que Dios llama a su santo servicio para extender la piadosa educación de las niñas y la práctica de la caritativa beneficencia en favor de toda clase de necesidades” (Getino, 84).

Quiso que la Congregación, en cada uno de los medios de su Obra fueran focos de irradiación evangélica, junto con la formación humana, con el espíritu de sencillez, de alegría, de servicio, que caracterizó al Fundador y soñó para su “ANUNCIATA”.

Sintió la vocación de Fundador desde niño cuando enseñaba las primeras letras a los pequeños... Y pensaba cuán provechosa sería una institución que cuidase de remediar estas abandonadas criaturas. Ya entraba en sus cálculos desde seminarista al redimir de la ignorancia religiosa y científica en todas esas regiones faltas de instrucción (Getino 107). No fue un pensamiento repentino la fundación de la Congregación, fue un pensamiento maduro, fruto espontáneo de

la inspiración, de la caridad y de la experiencia. El proyecto de fundar una Congregación dedicada a fomentar las vocaciones y educar las niñas lo abrigó el Padre Coll desde estudiante. Su santo objetivo estando aún en Moyá y años antes de instalar la Casa Matriz, era cultivar las vocaciones y prepararlas para cuando sonase la hora marcada en el reloj de la Divina Providencia, sin hacerse escrúpulo, al retardar algunas vocaciones y hasta el encauzarlas y cómo trocarlas. Decía a las Hermanas Margarita Santaeugenia y Rosa Masferrer hablando de la Congregación: en ella tendrán entrada una multitud de doncellas pobres y de humilde condición y su fin será enseñar la doctrina cristiana y todo lo que sepan en las fundaciones donde sean llamadas (L.A. 99) (Getino 107). Como contase con jóvenes excelentes reclutadas en sus predicaciones, las invitó a reunirse en Vic a mediados de agosto de 1856 (Getino 108).

El 15 de agosto de 1856 siendo obispo el Ilmo. Sr. D. Antonio Palau, reunió las seis primeras postulantes en la ciudad de Vic, calle Call Nou apenas se dio este primer paso, el infierno jugó toda su artillería para destruir este primer fuerte de las siervas de Dios, quedando el Padre Coll solo, pues todos se conjuraron contra él, apelando al insulto, a la calumnia y hasta al público sarcasmo. El Padre Coll decía con candor: al principio me dejaron solo, ahora todos quieren mandar, pero ahora precisamente quiero ser yo solo (L.A. 100).

No poco debió influir en la decisión del Padre Coll el cambiazo del S. Obispo Palau, que después de haber aprobado la idea en su propio palacio para fundar en poblaciones grandes y chicas, ordenó al Padre Coll licenciar las novicias que de diversas poblaciones habían acudido al reclamo del P. Coll.

Tan grave determinación inutilizaba los esfuerzos llevados a cabo con tanto cariño años y años y que pisoteaba los derechos naturales de tantas jovencitas (Getino 109) ... hizo el Sr. Obispo, cuanto humanamente pudo, por destruir lo ya edificado (L.A. 100).

El estaba convencido que era “Obra de Dios” ya que comenzó sin ningún recurso económico (Getino 240).

Solía repetir “cuanta más contradicción mejor”, como es obra de Dios todo lo soportará. Sí, sí prosperará mucho a pesar de los obstáculos que se opongan. Tenía tal seguridad en que la fundación se llevaría adelante que no se concibe abrigara aquella certidumbre sin alguna revelación (Getino 111).

El Prólogo de la Regla afirma: “Las esperanzas se fundan en las ramas y flores, en su nacimiento aborrecidas, despreciadas y perseguidas hasta de los mismos que debían cubrirlas para defenderlas del frío, acogerlas para que no fuesen pisadas de las bestias, y alimentarlas para que no muriesen de hambre” “Pero amparadas, consoladas, y dirigidas visiblemente por la Divina Providencia se han extendido portentosamente” (Regla-Prólogo).

“Los que vieron más adelante el desarrollo de la Congregación y entonces no acertaban a explicar el santo tesón e ilimitada confianza y absoluta seguridad del pobrísimo Fundador, se vieron precisados a confesar que algo más que humano intervino en la Fundación: “con cuatro cuartos y cuatro chiquillas” (Getino 113... en 1864 tenían 30 casas) (L.A. 108).

“Incluso el Sr. Obispo prohibió que las Hermanas llevasen el santo hábito. No contento con esto dijo que desistiese y dispersase a las postulantes. El Padre Coll le respondió: Ilmo. Sr. ¿y sus almas? (L.A. 101).

Pero no fue sólo el Sr. Obispo quien puso dificultades y según testimonio de la H. Masferrer: “Se fundó el Instituto con tanta contradicción de parte de los mismos eclesiásticos que hasta alguno de ellos no nos querían confesar por motivo (decían ellos) de ser engañadas del Padre Coll (L.A.y Get.).

También sus íntimos amigos y confidentes coadyuvarán al principio con el Prelado para poner obstáculos a la Fundación: P. Bach, Sr. Pasarell. Estos Sacerdotes aprobaban en principio el pensamiento pero le desanimaban en gran manera diciéndole que las Hermanas no se podían mantener. Pero él decía a las Hermanas: “Con sólo pensar en el cielo quedo satisfecho” (L.A. 101).

Los mismos sacerdotes desaconsejaban a las niñas que querían entrar en el INSTITUTO. No se crea que esta persecución fuese sólo en los primeros momentos y solapada, continuó por algunos años y revistió todos los caracteres de batalla campal” (Getino).

Agrega la H. Moret ...Recuerda que un sacerdote le dijo que la fundación que hacía era una tentación del demonio.

Y otras Religiosas como H. Godayol: “algunos canónigos le ayudaban

pero los sacerdotes le decían: “esto no puede continuar”.

Hermana Prat: Que cuando ella llegó en junio de 1857 y cuando llegaban postulantes oía decir ¡Qué tontas! eso no tiene fundamento, si él es un pobre!

A las novicias les decían que el Padre Coll era un ignorante pero el Padre las animaba diciendo: “me dan más de lo que quiero”. Las mismas Hermanas, se llamaron a engaño, echándole en cara que las había engañado. Así sucedió con una de las seis primeras que recibieron el santo Hábito.

El Padre, no obstante, ante tanta contradicción exclamaba con el Apóstol: “fuera combates, dentro temores”.

Mas continuaba impávido reclutando vocaciones y conciliando voluntades. Las contradicciones estimulaban su celo (L.A. 104 y sig.).

De él se lee que “era tenaz y constante en medio de su mansedumbre, que nunca quebrantó, que sepamos” (Getino 242).

El Padre Coll, no siervo del pecado, hacedor de la verdad, pudo vivir fielmente, constantemente con fuerza y coraje, con sacrificio de sí mismo, es decir, con justicia, fortaleza y templanza. No tuvo miedo de las dificultades que le ponían los hombres. Un hombre idéntico a sí mismo, es libre. No teme que los demás lo aprisionen...

...y “Dios bendijo su naciente Obra proporcionándole vocaciones” (Garganta 240).

Su Obra se vio condicionada, por la exigencia de maestras tituladas y el encargo de escuelas públicas, el proceso de industrialización de Cataluña y la presencia creciente de Congregaciones religiosas, con las mismas finalidades. Con la revolución de setiembre de 1860 aceptaron la preparación que el Padre Coll dio a las Hermanas y él comprendió la necesidad urgente de abrir más fundaciones en lugares urbanos, más allá de las escuelas públicas, quiso fundar colegios (Garganta 377).

Las Hermanas que fueron testigos de su vida, “vieron” y nos los transmiten fielmente lo que vieron y oyeron.

Pudieron decir con verdad: “Os anunciamos lo que hemos visto y oído”... (1 Jn. 1, 3).

“En casi todas las fundaciones tuvo el bendito Padre que ejercitar grandemente la paciencia, pues como las Hermanas eran tan poco instruidas, muchos se oponían a las fundaciones y le conjuraban a que no echase a perder lo adquirido con tantos trabajos, mas él sin inmutarse en lo más mínimo les contestaba complaciente: confío en que la Madre de Dios las sacará de todos los apuros” (L.A. 421).

Solía repetir: “Todos estamos obligados a procurar nuestra perfección” (Regla 66).

Confió su Obra a la fuerza del Espíritu que alienta a la Iglesia sabiendo que no sería abandonada en los momentos de dificultad.

Cataluña, con sus mejoras en todos los sentidos fue objeto preferente de su celo apostólico y sin más instigadores que su celo ni más cooperadores que su pobreza, estableció Hermanas Dominicadas en tan populosa villa... (Garg.290).

Llevaba muy dentro de su alma de apóstol la consigna de Cristo: “Id y predicad”. ¡Era dominico, y eso lo abarca todo! Recorrerá toda Cataluña predicando misiones populares, con tanto éxito, que si gran compañero, San Antonio M^a Claret decía: “Cuando ha predicado el Padre Coll en una población, ya no nos queda nada que espigar a los demás”.

El no pensó ir a Ocaña como profesor porque no lo era, además en él no había indicios de que se sintiera llamado a las misiones lejanas... Ni tampoco se le vio nunca una voluntad de abandonar su Provincia de Aragón y su convento de Gerona. Tampoco en Corias lugar del Padre Coll, pertenecía a un mundo muy distante. Su vida se desenvolvió vinculada a sus legítimos superiores. Como sus hermanos miraba a Roma, deseoso del restablecimiento de la Orden. Apenas tuvo noticia de la suspirada unión se puso en relaciones con el General de Roma. (Garganta 330).

Nunca dudó de su identidad y las tentaciones que se oponían a la fidelidad de su identidad y además las tentaciones puestas por las circunstancias las pudo y

supo vencer por la virtud de la fortaleza.

Fue un hombre de coraje para testimoniar la verdad que predicaba. Exclaustrado, perseguido, pobrísimo, enfermo, supo vivir LIBRE.

Su lema: “La verdadera humildad consiste en que uno se conozca y se tenga en poco” (Regla 137).

Pudo afirmar con su vida que la alegría misionera es una nota de la vida apostólica. “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar con lágrimas. Hagámoslo como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud innumerable de evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia, con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas” (E.N. 8).

Bien se puede decir del Padre Coll que el Espíritu Santo infundió en él, como lo hace con cada “enviado” el mismo espíritu misionero que animó a Cristo como enviado.

Ese momento propicio de evangelización que le tocó vivir obtuvo la OBRA de nuestro Padre, gracias a su fidelidad y generosidad a su vocación de apóstol, ideal elevado por el que le valió la pena consagrar toda su vida.

Fiel al carisma del Espíritu Santo y al mandato de la Iglesia, fue un verdadero evangelizador, digno de esta vocación y que hizo de su evangelización, no sólo posible, sino también activa y fructuosa (E.N. 74).

Con santo orgullo, hoy sus hijas podemos decir: “Se hizo responsable del E V A N G E L I O que proclamó” (E.N. 76).

COMO ACTUALIZAMOS EL CARISMA DE NUESTRO FUNDADOR

Nuestra respuesta a la Iglesia y al hombre de hoy

Uno de los pensamientos culminantes del Padre Coll desde el principio de su apostolado fue perpetuar la enseñanza católica y fomentar las vocaciones religiosas, para ello reunió a las primeras doncellas en vida de comunión fraterna mediante la práctica de los consejos evangélicos “para anunciar el Mensaje de Salvación a todos, especialmente a la niñez y juventud a través de la educación” (N.L. n° 2).

“Consagradas a Dios en esta comunidad eclesial servimos a la Iglesia y al mundo, poniendo cada una nuestros dones al servicio de los demás, colaboramos eficazmente en la labor apostólica de la Iglesia y contribuimos a su plenitud en la unidad” EN. L. n° 5).

La Congregación por medio de sus Capítulos Generales intenta un continuo ponerse al día en la fidelidad a ese carisma congregacional que le inspiró nuestro Fundador el Padre Francisco Coll pues “su total inserción en la humanidad exige su apertura al progreso sin pérdida de ninguno de los bienes de la tradición” (N. L. n° 7).

El Padre Coll empapado del espíritu dominicano inculca a sus hijas esa herencia espiritual del amor a la oración y al estudio de la Verdad divina, así leemos en su Regla “os mando que tengáis una hora de estudio con la misma obligación y rigor con que deberíais hacer la santa oración” (Regla P. Coll c. II, N.L. 84,11). “Contemplar y dar a los demás lo contemplado” debe ser para nosotras un imperativo de nuestra filiación dominicana (N.L. n° 3,11). La actividad apostólica debe fluir de la oración y contemplación, ésta nos ayudará a crear un “espacio interior” en el que nos encontremos con nosotras mismas y con Dios. A la vez, la acción ha de realizarse de tal manera que nos disponga a orar y contemplar mejor” (N.L. n° 90).

Educación, catequesis

En su celo apostólico, el Padre Coll, intuyó el valor y la trascendencia de la educación para la formación de la persona humana y en sus escritos pide reiteradamente a las hermanas que la atiendan con solicitud. “Aquellas, pues, que

sean destinadas a la enseñanza cúmplalo con toda voluntad y esmero, enseñen con cuidado a las niñas las materias ordinarias, pero atiendan con mayor afecto a su bien espiritual” (P. Coll escritos inéditos, N.L. 96)

Interés especial tuvo por atender los suburbios que rodean los pueblos grandes y que constituyen los pequeños en aquella época completamente faltos de instrucción (Getino, 107). Así “nosotras en nuestra donación tendrán preferencia los más necesitados o aquellos cuya atención requiere una entrega más plena y generosa” (N.L., 92).

“La mentalidad del Padre Coll esencialmente piadosa y de misionero apostólico pudiera llevar a creer que su blanco era la instrucción catequética, seguramente que en su finalidad la formación religiosa y moral fue la más importante. En la práctica la formación científica no fue omitida desde el primer momento (Getino, 133), la formación intelectual de las Hermanas la consideraba necesaria para el prestigio de la enseñanza religiosa, que no ha de consistir sólo en ofrecer buenos ejemplos de virtudes morales, sino también de lograr abundancia de virtudes intelectuales con las que se lucha y triunfa en el complicado escenario de la vida social (Getino, 115) a cuyo fin les señaló en seguida experimentados maestros (Getino, 116). Como religiosas educadoras, nuestra misión específica es la de integrar la cultura y la fe. Esto implica vivencia de los valores trascendentes en un determinado contexto socio-cultural, pues no se evangeliza al margen de la experiencia humana, sino desde el interior de la misma (N.L. 97).

Para cumplir esta misión el Padre Coll mandó a las Hermanas con cualidades a estudiar y formarse como maestras en las Escuelas Normales de Lérida y Barcelona (Getino y Lesmes, 273). Hoy la Congregación “considera un deber de justicia la competencia profesional y pedagógica (Cfr. N.L. 98,1).

Como fieles hijas de un Padre tan amante y celoso de la evangelización y de la Formación en la Fe “prestaremos atención especial a nuestra formación catequética. Esto nos ayudará a transmitir la Buena Nueva, sin olvidar que la vivencia del Mensaje que creemos y el impulso que sólo da el Espíritu son condición esencial para que dicho Mensaje fructifique (N.L. 98,11 y ver Actas Cap. Gral. 1976 11-5º).

Como fruto de este Mensaje evangélico y recordando la preocupación que

tuvo el Padre Coll por hacer posible la vida religiosa en su tiempo, prestaremos atención al cultivo y promoción de vocaciones de modo que las jóvenes puedan comprender la llamada que Jesús no cesará de hacer resonar en medio de ellas (Actas Cap. Gral. 1976 11 7º y E.T. 55). Aspecto éste considerado en las Actas como uno de los más urgentes. Nuestra vida personal y comunitaria, deberá ser tal que suponga una interpelación para el mundo y los jóvenes que nos rodean (Cfr. N.L. 89) “ya que el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio” (N.L. 97,11 de E.T. 41)

Asistencia sanitaria, asilos, hospitales

Si bien el fin primordial de la Congregación es la educación de la niñez y juventud (Cfr. N.L. 2,1) el Padre Coll no se ciñó a éste únicamente como forma de evangelizar, sino que admitió otras formas no directas pero que tampoco desdican de su objetivo principal (Getino, 136), así él mismo ofreció Hermanas al gobierno de la nación para asistir a los heridos de la guerra de África (Getino, 121) y en las primeras fundaciones destinó algunas Hermanas para la asistencia a domicilio de los enfermos y él mismo en Moyá en 1854, atendió a los coléricos (Getino, 120) “nuestra Congregación como respuesta a urgentes llamadas de la 191esia2 o bien como ayuda o complemento a su fin específico, admite otras actividades (n.2 -11), algunas de ellas de carácter asistencial, como hospitales, dispensarios y residencias” (N.L. 130).

Obras misionales

El Padre Coll en su evangelización intentaba reimplantar la Iglesia, restaurar la vida cristiana en zonas descristianizadas, tarea que absorbió plenamente su vida y que realizó con infatigable celo de misionero popular (de Garganta, 145). La Congregación imbuida de ese espíritu apostólico y teniendo viva conciencia de su responsabilidad en la difusión del Evangelio, extiende sus actividades para la expansión del Reino de Dios entre los pueblos más necesitados de evangelización (N.L. 125,11. Cfr. N.L. 94, 11, 111).

Acción parroquial

La tarea de evangelización exige un mayor conocimiento sociocultural del medio para mejor anunciar y proclamar la fe, la Congregación busca así nuevas

formas de inserción y de presencia educativa, tales como preparación pastoral de los futuros educadores de la fe, iniciación cristiana o catecumenado, apoyo a movimientos juveniles y organización educativa del tiempo libre, formación de comunidades cristianas, realización de una pastoral permanente del adulto y otras actividades similares. Nuestro objetivo será que estos cristianos, al crecer en su responsabilidad y compromiso de fe, se conviertan en anunciadores del Evangelio (N.L. 122, 11).

“Contemplando vivencialmente en el misterio de la Anunciación la entrega del Verbo a la humanidad, teniendo como María una actitud de escucha, de acogida al Anuncio, encontraremos el amor, la luz y la alegría que nos impulsen a promover a la persona humana hacia la plenitud en Cristo y así ayudar a la configuración y transformación cristiana del mundo” (N.L. 2,1 y 90).

PADRE COLL, TU ANUNCIATA QUIERE HOY “VIVIR Y ANUNCIAR LA FE”